RECITACIONES
ESCOLARES.

XIV.
LA ESPERANZA.

(Redondillas de ocho silabas.)

El árabe peregrino
Vá por el ancho desierto
De ardiente arena cubierto,
Sin límites ni camino.

Caer deja el sol sus rayos
A plomo sobre su frente
Y él bajo de ellos se siente
Presa de horribles desmayos.

Sé fija con loco anhelo
En la extensión dilatada
Y nada descubre, nada
Que pueda ser un consuelo.

No escucha murmuradora
A lo lejos una fuente
En donde apagar la ardiente
Sed que su pecho devora.

Ora la cabeza mustia
Inclina con desaliento,
Ora en arranque violento
La sacude con angustia.

Mas he aquí que de improviso
Del sol bajo los reflejos
Vé dibujarse á lo lejos
Las galas de un paraíso.

Siente el árabe en el alma
Grande ansiedad: más se empeña
En su marcha; ya se sueña
Al pié de una fresca palma.

En su ilusión se figura
Oir la mansa corriente
De la cristalina fuente
Que en el óasis murmura.

El que hace poco sentía
Su corazón casi muerto,
Camina por el desierto
Con entusiasta alegría.

Oye una voz que le dice
Que pronto hallará consuelo
Y él alza la vista al Cielo
Y con fervor lo bendice.....

Es un desierto la humana
Habitación, compañeras,
Y nosotras las viajeras
Que vamos en caravana.

Padecemos la ansiedad
De fiebre enloquecedora,
Que á nuestros pechos devora
La sed de felicidad.

El árabe en su viaje
Al fin quedó convencido
De que el óasis florido
Efecto fué del mirage.

Aquel óptico delirio
Se deshace derrepente
Y el pobre viajero siente
Redoblarse su martirio.

Óasis encuentra, empero,
Que le brinda dulce calma
Con una frondosa palma
Y un cristalino venero.

En la vida transitoria
A veces alucinadas
Somos también, engañadas
Por una óptica ilusoria.

El corazón se entusiasma
Con los placeres finjidos
Que les brinda á los sentidos
Un engañador fantasma.

Pero en el Cielo mirad
Luz que radiante fulgura
Y que nos promete pura
Y santa felicidad.

De la Bienaventuranza
Las palmas élla ilumina.
Esa es la virtud divina,
Hija de Dios: la Esperanza.

Es el faro que el incierto
Nauta á lo lejos divisa
Y el que al náufrago le avisa
Que existe seguro un puerto.

¡Oh Esperanza celestial,
Sol que disipa los duelos,
Fuente de dulces consuelos
Para el alma del mortal!

Amiga del hombre tierna
En la vida transitoria,
Ella es de la eterna gloria
La reveladora eterna.

En las pesadas labores
A nuestras almas alienta
Y á nuestros ojos presenta
Un porvenir de fulgores.

Es ángel que con sus galas

Nos encanta y nos deslumbra
Y á nuestro espíritu encumbra
A lo inmortal, en sus alas.

Escuchamos explendentes
Promesas, con alegría,
Pues nos dice que algún día
Seremos niñas sapientes.

En sus encantos risueños
Ciframos nuestra ventura
Que es esa deidad tan pura
El alma de nuestros sueños

En encantados vergeles
Hace vivir nuestras almas
Bajo las doradas palmas
Y los eternos laureles.

Todo lo que aman los hombres
Nos promete: sacra gloria,
Y pàginas en la Historia
Y esclarecidos renombres.

Llévenos eternamente
Con la mirada hacia arriba
Y siempre alumbrando viva
El corazón y la mente.

Presida nuestro destino
Ese sol que nos sonríe
Y luminoso nos guíe
En nuestro inmenso camino.

Fuerza nos preste y valor
En el triste desaliento
Inundando el pensamiento
De vida, luz y calor.

Ella es la fuerza motríz
Del hombre en la gran carrera
Y la dulce compañera
Que siempre lo hace feliz.

A la Bienaventuranza
Del alma vá en seguimiento
Porque es de Dios un aliento
La Virtud de la Esperanza.